

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

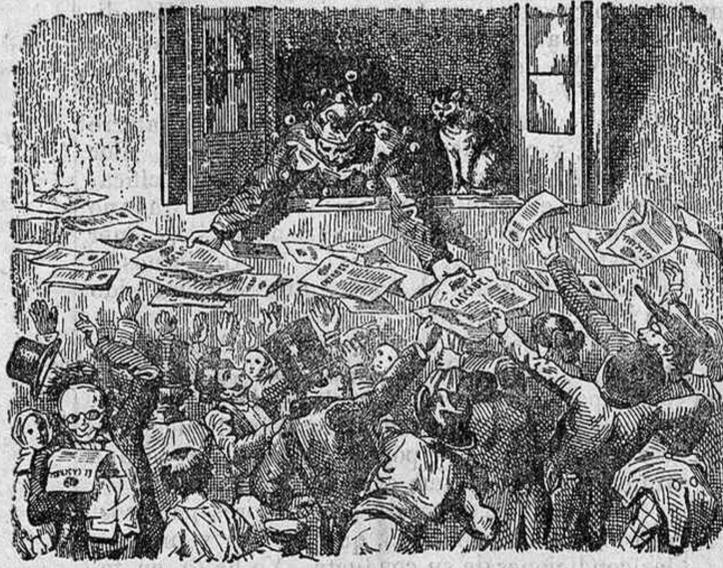
RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, serablanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tras meses 9 reales, seis 16 y un año 30.

PROVINCIA:—Tras meses 10 reales, seis 18 y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas, y sobre todo lo que se nos antoje.

ENTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.

AMERICA:—Seis meses 38 reales y año 70.

FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo,

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

CARTA DE ESPAÑA Á LOS POLÍTICOS.

Muy señores míos y amigos, según dicen VV., aunque poco se conoce: Dispensen VV. si les molesto y distraigo en sus perentorias ocupaciones; pero he callado tanto, y tanto he sufrido, que

ya, venciendo mi natural modestia, me atrevo á dirigirme á Vueseñorías, aunque, si he de decir lo que siento, me parece que sacaré de Vueseñorías lo que el negro del sermón, porque si en tantos años han hecho por mí tan poquita cosa, ¿cómo han de darme en un día, ni en un mes, ni

en un año, todo lo que necesito tan urgentemente. que no hay para mí remedio de otra manera?... ¡Ay! señores ministros, senadores, diputados, periodistas y políticos de todos tamaños y colores, ¡qué mal han pagado Vuesarcedes las infinitas gracias y mercedes que me deben, y

ESPAÑA Á LOS CUATRO VIENTOS.



cuán engañada me han tenido, que yo creía que, siquiera por haber nacido en mis dominios, me tendrían VV. algún amor! ¡pero que si quieres!... Podrá ser que Usirías me quieran mucho, pero en Dios y en mi ánima que es un cariño singular el que me tienen; y si es que no hacen más en mi pró porque no saben más, ¡voto á cincuenta mil legiones de demonios! que ha degenerado muy mucho la noble hidalga raza española. Vergüenza me da pensar qué desairado papel harán vuestras Excelencias en el otro mundo cuando se hallen en presencia del Gran Cardenal Cisneros, de Cristóbal Colon, de Hernan Cortés, Gonzalo de Córdoba, Padilla, Cervantes, Fray Luis de Leon, Floridablanca, Jovellanos, y cien y cien eminentísimos varones, que son mi orgullo, y cuyo recuerdo es una de las glorias que no han podido quitarme Vuecencias, que de lo demás bien poco me han dejado, y así Dios se apiade de mis culitas, como que le ruego sea pasivo y misericordioso con los que tan mal trecha me tienen.

Todo me falta, todo.

¡Paz! ¿Dónde está la dichosa paz que desenvolvió en mejores tiempos mi riqueza inmensa?... Mucho, muchísimo tiempo hace que la perdí, y no fué por culpa mia, sino de los hombres que me gobiernan, y que en vez de gobernar como deben, que á eso obliga la posición en que por mi desdicha los he colocado y la gratitud que merezco, viven en perpétua guerra unos con otros, y se ocupan más en sus odios y vanidades que en mi prosperidad y engrandecimiento, como si hubiese en la lucha de sus pasiones personales la gloria que habria en hacer de mí una nacion de la que tuvieran que hablar con sombrero en mano y muchísimo respeto el rey don Víctor y el emperador don Napoleon, y todas las naciones, desde la poderosa Albion, hasta la del califa Muley-el-Habbas.

Revoluciones, pronunciamientos, alarmas: esta es la paz que tengo, gracias á Vuesarcedes, que, mal avenidos siempre, no piensan en otra cosa que en echar los unos á los otros del poder abajo, entorpeciendo con eso el desarrollo de mi industria, y de mi comercio, y de todos mis elementos de prosperidad.

¡Triste situacion la mia! Abrumada de deudas estoy, y aun quieren Usirías que deba más; todos tienen grandes proyectos, que me cuestan el dinero; pero ¿quién es el guapo que me economiza lo que necesita economizar quien ha estado entregada á administradores descuidados, ignorantes y manirotos?... Todo me lo han empeñado, de todo lo mio han echado mano, y así me tienen hoy, que no tengo ni para mis más ineludibles necesidades sin pedir á uno ó á otro, y sin pagar unos réditos atroces. Si el sistema que practican los Gobiernos en la administracion de mis bienes, lo siguiera cada hombre político en su casa, ¡buenas estarian las casas de los ministros, embajadores y demás altos funcionarios!...

Señores unionistas, moderados, progresistas, neos y demócratas, los que han gobernado y los que quieren gobernar, cedan VV. un poco en sus pasiones, y aplíquense á estudiar los remedios que me convienen, y hagan todos el sacrificio de su amor propio, y, sin jaranitas, sin tiritos, sin sangre, sin venganzas, sin esos horrores que he visto en otras épocas, hágase lo que más convenga.

¿Les parece á VV., señores neos, que estoy en el caso de retroceder al tiempo en que se quemaba bonitamente á las personas, muchas inocentes?... ¿Creen VV., por ventura, que mis nobles hijos, los que tanta sangre han derramado por la honra é independencia de la patria, merecen la humillacion del absolutismo?...

Y VV., señores moderados, por mal nombre, ¿creen VV. posible gobernar á sablazos, y que me queda paciencia para sufrir su humor atrabiliario, su vanidad superlativa y su irritante despotismo disfrazado y vergonzante?

Y VV., señores unionistas, los que me tienen ya hasta la punta de los pelos, ¿qué manera es esa de gobernar que tienen VV.? ¿Qué es lo que son VV.? ¿Son VV. absolutistas, republicanos, ó moderados, ó diablos?... ¿Cómo se atreven VV. á echarme encima esos siete perros de presa en forma de autorizaciones, para hacer lo que se les antoje? ¿Creen VV., por ventura, que aquí ya no va á gobernar nadie mas que VV.?

¿Creen VV. que yo me mamo el dedo? ¿Creen VV. que yo creo que son tan precisas, como VV. dicen, esas autorizaciones? ¿Por quién me han tomado VV., señores unionistas?

Y VV., señores progresistas, ¿qué adelantan VV. con pretender llevar las cosas á sangre y fuego, y con hacer otro pronunciamiento? ¿Por qué se han retraido VV. de trabajar pacíficamente en el triunfo de sus ideas? ¿Por qué no han ido VV. al Congreso y al Senado á exponer su sistema, á pedir cuentas á los Gobiernos y abrirse paso para el poder, que hubiera sido de VV.?

Y VV., señores demócratas, por María Santísima, díganme VV. si creen que yo estoy ya en disposicion de aceptar el Gobierno de VV. ¿Creen VV. que un cambio tan radical puede hacerse así de golpe y porrazo, á manera de una transformacion en una comedia de magia?...

Yo suplico á Vuesarcedes, señores políticos, con todo encarecimiento, que piensen y mediten las condiciones de su conducta. Yo hallo en todos los partidos algo bueno, pero en todos hallo gravísimos defectos, y pareceme que sería preciso que procurasen VV., al mismo tiempo que se corrigen unos á otros, corregirse á sí mismos.

¿Quién de VV. tiene un plan de Hacienda que pueda salvarme?... Si alguno lo tiene, que lo dudo, que lo manifieste, que se lo regale al Gobierno; y si éste, siendo reconocidamente bueno el plan, no lo acepta, será que tenga mala intencion y no quiera mi bien.

Los unos quieren conventos, los otros cuarteles, los otros mucha música y milicia y lo consiguiente, los otros muchos destinos que repartir y mucho que tragar, los otros romper por la calle de en medio, dar de cachetes á todo el mundo, y proclamar una igualdad y una fraternidad que no existirían al día siguiente de la proclamacion; todos VV. exageran, todos están enamorados de sí mismos, como Narciso, y todos tienen la modestia de creerse infalibles y no oír consejos de nadie.

¿Y las artes?... ¿Y el trabajo?... ¿Y el comercio y la industria?... ¿Cuál es su suerte en esta gran galopinferral que están VV. bailando?... Política hay mucha, más de la que hace falta; todo el mundo es político, todo el mundo sabe y quiere gobernar, todo el mundo quiere intervenir en la cosa pública, y esta es una nueva torre de Babel, que se derrumbará y á todos cogerá debajo, y bien se reirá el demonio, que debe ser el autor de esta confusion.

Yo los quiero bien á todos VV., que todos VV. son mis hijos; quisiera que todos VV. fuesen ministros y tuviesen muchísimo dinero, en eso quisiera que fuesen todos iguales; pero si eso no puede ser... si no pueden VV. mandar todos, ¿por qué no tienen VV. paciencia, y ya en el Gobierno, ó en la oposicion, no hacen VV. las cosas con prudencia, con templanza, sin asustar á nadie, sin ser obstáculo al trabajo y al desenvolvimiento de la riqueza nacional? Yo me canso de ver este año lo mismo que el pasado, y el que viene lo mismo que este. Créanme VV., estoy perdida, estoy muy mal, me ahogo, no puedo respirar; VV. me marean, me apuran, me ponen, perdonen VV. que se lo diga, me ponen á parir. Yo no vendo, no compro, no como, no pago, no cobro, no sé por dónde he de echar; y si VV. no dan tregua á sus pasiones, si no varían VV. completamente de sistema, sin renunciar cada cual á sus ideas políticas y á su triunfo, pero á su triunfo pacífico, no sé qué va á ser de mí.

Algunos me dicen que despues de la tempestad viene la calma. ¡Caramba con la calma! ¿qué calma tendremos VV. y yo despues de ver sangre y desolacion por todas partes?... VV. tienen conciencia, y tienen hijos, y mujeres, y padres, y se espantarian de su propia obra, como yo me espanto al pensar en esas luchas horribles entre compatriotas, entre amigos quizá; ¿y no he de espantarme siendo yo madre de todos?... ¡Los que venzan y los vencidos en una revolucion, son todos hijos míos, y á mis hijos no los quiero ver luchando como enemigos, sino unidos como hermanos!...

Á TAMBERLICK (1).

Muy señor mio y mi dueño:
—si en algo puedo servir,—

(1) De la *Corona poética* dedicada al famoso artista.

sepa usted que esta mañana vino á preguntar por mí un caballero apreciable, á quien salí á recibir, suponiendo si sería un ministro ó cosa así, que me vendría á llamar para salvar al país, que es lo que aquí hacemos todos con una suerte infeli.... Figúrese usted, amigo, mi sorpresa, cuando oí que dijo aquel caballero: —Don Carlos, vengo á pedir á usted un favor —¿Dinero? No tengo un maravedí. —No, señor, usted me ofende.... —¡Hombre!... yo quiero decir.... —Vengo á pedir unos versos.... —¡Jesus! ¿unos versos? —Si; pretendo que cante usted el genio de Tamberlick. —¡Hombre! ¿está usted en su juicio?... ¡Cantar yo! ¡Voto á Cain! ¡Si canto como una rana!... Si no se me puede oír.... ¿qué va á decir ese artista, á quien adora Madrid, ese hombre, que cuando canta no es hombre, que es querubín? Píame usted otra cosa, pero por las once mil, no me pida usted que cante, porque me van á partir, porque yo canto peor que un sacristan en latin.... y Tamberlick, en oyéndome, tomará el ferro carril, y mientras sepa que vivo no vuelve más por aquí; y si no vuelve, me temo que se subleve Madrid, y haya otro estado de sitio y me echen la culpa á mí por cantar, necio y osado, delante de Tamberlick. Esto dije, y me parece que es lo que debí decir; pero el hombre empecatado se empeña, amigo, en que al fin, cante bien ó cante mal, mi mérito he de lucir. Mañana ha dicho que vuelve á ver si me decido, y en este trance terrible, yo, señor de Tamberlick, suplico á usted muy rendido que procure persuadir al amable caballero que quiere apurarme así, de que con un canto mio, que casi es un adoquin, va usted á pasar un mal rato y lo va á pasar Madrid. Dispense V. la molestia, y disponga V. de mí, que le admiro y que le aplaudo, y que aquí, como en Pekin, diré que no hay un tenor del tenor de Tamberlick.

C. F.

EL AMOR MÉDICO.

(De Paul de Koch.)

En las cercanías de una capital, entre dos pueblecitos, se elevaba en otro tiempo una bella casa de campo, construida con gusto y adornada con esmero.

El viajero se detenía á su paso con cierta complacencia solo para mirarla, como se mira toda mansion donde al parecer habitan el bienestar, la paz y la felicidad.

Esta habitacion, sin embargo, no tenia ni la apariencia de un castillo, ni el lujo de una villa; no era tampoco una quinta, ni ménos una cabaña. Era simplemente una casita de recreo, pero que habia servido de retiro á un artista, y las inspiraciones del talento, como que brillaban aun allí, porque los que cultivan las artes tienen un secreto misterioso para rodear de encanto hasta las cosas más sencillas.

La casa del pintor, el jardin del poeta y el pabellon del músico, por modestos que sean, tienen siempre una cosa que falta en el suntuoso palacio del más rico capitalista.

Despues de todo, ¿qué mansion más bella se pueda elegir, cuando quiere uno alejarse del ruido de la ciudad, que una casa de campo.

Así, pues, el poeta Luis se habia retirado con dulce alegría á este delicioso sitio, cuyos encantos no describo, porque una descripción solo daría una pálida idea de la realidad. Únicamente diré que nada faltaba allí de todo lo que en el campo puede añadir encanto á la existencia. Había un salon con su buen piano, otro con un billar, un bello jardin con sus grutas, y sus glorietas, y sus fuentes, mas todos los monesteres de pescar; porque habitando en el campo, no es malo prepararse con todas aquellas cosas que pueden divertir. El verdadero sábio es, segun dicen, el que usa de todo, sin abusar de nada.

Luis habia abandonado la ciudad, despues de haber perdido á su esposa, excelente mujer á quien adoraba: joven aun, no habia podido consolarse de la dolorosa pérdida de aquella á quien esperaba tener por compañera y amiga hasta el término de su carrera.

Esto prueba que hay todavía viudos que sienten á sus mujeres (que en paz descansen). Verdad es que este era poeta y.... ya está dicho todo.

Un hijo fué la única prenda de amor que su dulce himeneo dejó á Luis, un hijo bello como su madre, y que daba muestras de tener también su dulzura.

Adolfo, que así se llamaba el niño, era el idolo de su padre, y que se prometía ya hacer de él un artista celebre, y veía en su frente todas las protuberancias del talento y todos los esplendores del genio.

Con un poco de buena voluntad, ya se sabe que no hay cosa más fácil que ver todas esas protuberancias y esplendores en nuestros hijos y en nosotros mismos.

Pero la muerte, que casi siempre echa por tierra nuestros proyectos y esperanzas, no permitió á Luis realizar sus planes de educación; el poeta murió también, tres años despues que su mujer, no dejando para cuidar de Adolfo mas que dos señoras tias, que abandonaron su casa y su provincia para venir á asistir al enfermo.

Y he aquí ahora un muchacho de cinco años en manos de dos viejas solteronas, de las cuales una no habia tenido jamás otra pasión que la de las golosinas, y la otra la del juego de la oca.

No hay que temer por esto que el niño sea desgraciado; muy al contrario. Sus dos tias lo besan, lo miman, le ríen todas las gracias, aunque no lo sean, en una palabra, lo quieren con delirio. Por el niño, se priva más de una vez la tia Ursula de sus golosinas, y la tia Brigida de sus respectivos gustos.

Luis habia dejado á su hijo mil duros de renta, lo cual no es poco, poéticamente hablando, y cada una de las tias poseia otro tanto. Todo esto debia venir á parar á manos de Adolfo, único y universal heredero; por manera que era suficientemente rico para vivir dichoso.

Ahora solo se trataba de apartar de su alma toda la propension viciosa y toda idea de ambicion, á fin de que al llegar á ser hombre, se contentara con el lote que la fortuna le habia deparado.

Las dos buenas señoras educaban al muchacho como si fuera muchacha. No le dejaban leer la historia de la Grecia, temiendo que se aficionara á la guerra; le ocultaban la historia de Roma, para que no se hiciera ambicioso; no le permitian la historia de los bárbaros del Norte, para que no se les pareciera; no le dieron la mitología, porque la historia de los dioses y diosas les parecia demasiado humana, ni menos le permitieron el dibujo, para que no copiara modelos vivos ni muertos *d'après nature*.

Las buenas de las tias suprimieron, aun en el plan de estudios del discípulo, muchos otros artículos que consideraban inútiles ó peligrosos.

Pero en cambio el muchacho aprendió á cantar, á leer en muy respetables libros, á hacer tapicería, á devanar, á hacer recedilla y otras labores del sexo.

No hay que decir que las golosinas y el juego de la oca fueron desde luego sus más decididas aficiones.

Mientras tanto, Adolfo iba creciendo: era bello como un Amorello, dulce como una doncella (ó como un cordero diremos mejor, porque todas las doncellas no son dulces), tan modesto, que bajaba la vista siempre que se le miraba, y se ruborizaba cuando se le dirigía la palabra. No era muy avisado, ni tenia gran aplicación; pero en cambio jugaba desde por la mañana hasta la noche, á gusto y contentamiento de ambas tias, y apuraba cuantas golosinas habia á mano.

Y era de ver cómo las buenas señoras le aplaudian las gracias, de las cuales hasta ahora no nos ha dado ninguna muestra.

Las dos viejas estaban encantadas con su discípulo. —Es una alhaja, decia una.

—Un querubín, añadía la otra.

—Bastante sabe para ser feliz.

—Ciertamente, porque la felicidad se encuentra, más bien que la ciencia, en la ignorancia.

Adolfo llegó así á los diez y ocho años, sin salir jamás sino con sus tias, para dar un paseo por los alrededores.

Las buenas de las tias creian que su bello sobrino pasaria de este modo su vida sin tener otras ideas, otros pensamientos, otros deseos. Las pobres señoras no habian nunca amado otra cosa que las golosinas, y juzgaban que esto bastaba para ser felices.

Pero un día era la fiesta del pueblo inmediato: un campesino dijo algunas palabras sobre ella delante de Adolfo, y éste rogó á sus tias que lo llevaran allí. Las tias condescendieron, sin prever que en la fiesta podia el educado tomar otras inclinaciones. El buen La Fontaine lo ha dicho: Nunca lo preveo un todo.

Adolfo abrió tamaños ojos viendo aquella gente, aquellas tiendas, aquellos bailes. Y los abrió más aun al ver á aquellas aldeanas tan frescas, tan lindas, tan ataviadas.

Despues de verlas bien, bajó la vista ruborizándose sin saber por qué; pero fué de emocion, de turbacion, de placer, porque habia visto una cara tan hermosa, que más bien parecia la creacion ideal de un pintor, que la obra de la naturaleza.

Aquella hermosa cara era la de Clotilde, y Clotilde no era sino una aldeana é hija de un pobre, pero honrado labrador. Ella era el único apoyo y la esperanza de su anciano padre; trabajaba asiduamente, y tenia la casa como una taza de plata.

Cuando llegaba y se ponía sus modestas galas para salir con su padre, la pobre muchacha se creia tan dichosa como si fuera una reina, y es probable que fuera aun más.

Despues de haber bajado los ojos delante de Clotilde, Adolfo los levantó de nuevo, y se atrevió á fijarlos en aquella cara tan linda, candida y pura, cuya sola vista le habia causado tan desconocida impresion.

Por una singular casualidad, Clotilde miraba también entonces al bello jóven, que estaba cerca de ella. El amor suele preparar estas casualidades.

Y Clotilde suspiró sin saber por qué tampoco. La más inocente criatura puede suspirar: lo esencial es que no sepa por qué.

Adolfo no podia alejarse de Clotilde. Comenzó á bailar, y Adolfo no quiso ponerse en baile, porque Clotilde no bailaba por no separarse de su padre, bien que ésta le permitiera tomar parte en las diversiones propias de su edad.

Adolfo, que oyó hablar así al padre, se apresuró á invitar á la muchacha á bailar con él, diciéndole que no la retiraria mucho del buen viejo. No era esto con ducirse mal para un jóven que solo sabia devanar.

Clotilde aceptó temblando la mano del señorito, y aunque los dos estaban satisfechos, no cambiaron muchas palabras durante el baile. Adolfo solo supo que el padre de la aldeana se llamaba Nicolás, y que era pobre. Clotilde supo que Adolfo se llamaba Adolfo, y que era rico.

La muchacha suspiró otra vez, y acaso esta vez sabia por qué.

El baile duró mucho tiempo, es decir, que Adolfo bailó mucho con Clotilde, teniendo buen cuidado de comprometerla de una vez para otra.

La fiesta llegó á su fin, y retirándose las tias, se llevaron á Adolfo, que tenia la costumbre de obedecer.

Pero alejándose de Clotilde, Adolfo volvió la cabeza varias veces para verla; por su parte, Clotilde hacia otro tanto, y ya esto no era singular casualidad.

Al día siguiente Adolfo almorzó poco, comió menos, y muy menos cenó. Estaba triste, inquieto, desconocido: no queria hacer nada, ni aun comer golosinas, siendo este un trabajo tan dulce.

—Este niño está malo! dijeron las dos tias.

—¿Estás malo, hijo mio? preguntaba la una.

—Hijo mio ¿qué mal tienes? preguntaba la otra.

—¿Qué te duele?

—¿Cómo ha sido eso?

Y así continuaron preguntándole.

A todas estas preguntas Adolfo contestaba cualquier cosa, menos la verdad.

Y acaso no mintiera. ¿Sabia él acaso lo que tenia?

Solo sabia que estaba triste.

—Y por qué estás triste? le preguntaban á duo ambas tias.

—Yo no sé, contestaba sencillamente Adolfo.

—Y en qué consiste que no te gustan ya los dulces?

—En que no tengo apetito.

—¿Que no tienes apetito? ¡Esto es grave! Tú estás malo, muy malo seguramente.

Así pasaron muchos días, y Adolfo cambiaba visiblemente. Habia perdido el color, sus ojos no tenian su antiguo esplendor, y una languidez mezclada de tristeza habia reemplazado su habitual alegría.

Desoladas las tias, hicieron venir á un médico, el más sábio por cierto, de las cercanías.

El doctor examinó al paciente, tomándole el pulso en ambos lados, y mirándole, y aun tomándole también la lengua.

Despues de este escrupuloso registro, se sonrió el doctor, diciendo:

—Este jóven está mejor que nosotros.

—¿Entonces, cómo se ha desmejorado tanto? dijo la tia Ursula llorando.

—Ni come, ni bebe, ni juega, ni canta, añadió la tia Brigida, llorando también.

—Preciso es que haya algo oculto, dijo el doctor.

—Y ¿por qué se reserva de nosotras, sus buenas tias, que lo queremos tanto?

Al cabo de algunas semanas, Adolfo se puso tan débil, que tuvo que guardar cama.

Sus tias le preguntaban sin cesar si queria alguna cosa, pero Adolfo no queria nada. Solamente deseaba saber cuándo volvia á haber fiesta en el pueblo.

—¿Largo val le decian. Aun falta cerca de un año.

—Un año! decia suspirando el paciente. Para entonces, ¿quién sabe si vivirá yo?

—Y ¿por qué nó, hijo mio? decian desoladas las tias. Si que vivirá.

—Y entonces la verá otra vez!

—¿Qué has de ver?

—La fiesta, contestaba el enamorado; pero debe leerse Clotilde.

—Si, hijo mio, sí, decian simplemente las tias.

Pero un día oyó el médico hacer estas ó parecidas preguntas, y entonces preguntó á su vez á Adolfo lo que habia hecho en la fiesta.

Adolfo contestó con voz entrecortada:

—Bailar con Clotilde, la hija de Nicolás.

El doctor fué en seguida á buscar á las tias, y les dijo frotándose las manos.

—Creo haber descubierto el secreto que mina la salud de este muchacho.

—¡Ah! ¡querido doctor! Entonces lo salvará V.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO III.

(Continuacion.)

Y volvió corriendo al sitio que ocupaba ántes, mientras que el mendigo poblaba el aire con sus fervientes bendiciones.

Genoveva estuvo un rato pensativa, con la mano puesta sobre su palpitante seno.

—Tienen razon, murmuró en voz baja, esto hace bien, mucho bien. ¡Nunca he experimentado un placer tan puro! Como no me han enseñado á divertirme así! Como no se divierten así todos los ricos!

¡Qué alegre está el pobre viejo y qué alegre está la campiña! Todos esos pequeños seres aman, porque son chispas de la inteligencia divina.

¡Todos debemos amarlos, porque son la imagen de Dios sobre la tierra!... ¡Y Dios debe existir, sí! Comprendo su existencia, por la sublime y desconocida alegría que invade todo mi ser! ¡Qué es esta llama suave que corre por mis venas? ¡Qué soplo divino es este que siento agitarse y revivir dentro mi pecho?... ¡Es el alma, que estaba aletargada! ¡Mi alma divina, inmortal, que anhela remontarse al cielo y visitar los jardines eternos; el alma, que se ha embriagado por primera vez con el nectar de los gozos espirituales, y trasportada de placer parece que intenta romper las cárceles del pecho!... ¡Gracias, Dios mio! ¡Ya no me es indiferente la vida! ¡puedo y quiero consagrarla á mis hermanos!... ¡Ya comprendo esos amantes murmurios de las aguas, esos quejidos de la brisa, esa armonía de la Creacion! ¡Ya he recobrado la vista del alma! ¡los cidos del espíritu!...

Yo tambien siento... ¡Yo tambien amo, creo y espero; espero en ti, Dios de bondad inmensurable, que

acabas de vivificarme con tu soplo, que acabas de calentar mi yerto corazon con el fuego de la caridad, que es tu amor, Dios mio, y tu amor es el que da vida y calor al Universo! ¡Oh! ¡te amo, te amo en tus más pequeñas obras, te amo en mis hermanos, te amo en este amor que se desborda dentro de mi pecho, y quiero vivir para amarte, y viviré para amarte y bendecirte!

Cuando la doncella, asustada con su tardanza, volvió á su lado, Genoveva la recibió con una alegre sonrisa.

—No temas, la dijo, te aseguré que te llamaria, y no te he llamado. Gracias, acabas de curarme: ya no quiero salir sino contigo.

Y echó á andar, llegando hasta el coche sin advertir el cansancio.

La doncella la miraba estupefacta; creyó que se habia vuelto loca.

Genoveva salió todas las tardes. Recorría las bohardillas, y socorria con mano pródiga á sus infelices moradores. Cuando agotó su dinero, vendió algunos trajes que la eran superfluos. Nadie conoció este secreto mas que la doncella. Pronto el deseo de hacer bien degeneró en pasión en el alma compasiva de Genoveva, y es imposible describir todas sus piadosas estratagemas para aliviar á la indigencia vergonzante.

Al cabo de algunos meses, sus mejillas habian recobrado las rosas de la Primavera, su andar era firme, su mirada brillante. Estaba desconocida.

Los médicos atribuian este milagro á los baños de Panticosa. Genoveva se sonreia. Sabia muy bien que la caridad habia sido el bálsamo portentoso que habia regenerado su alma.

Todas las noches, al volver de sus piadosas y secretas expediciones, rendia á Dios un fervoroso voto de gracias por su curacion, y bendecia á los desconocidos jovencillos que la habian señalado el camino de la dicha. Porque Genoveva era muy dichosa: ya no tenia horas de tedio ni de amargura. Pensaba continuamente en sus infelices hermanos, y experimentaba el orgullo del que se siente grande y digno de si mismo.

¡Cuánto hubiera dado por conocer á los que la habian iniciado en el gran secreto de la ventura humana! Pero esto era casi imposible; ignoraba sus nombres, y apenas recordaba sus fisonomías.

Era preciso que la Providencia obrase otro portentoso para volver á hallarlos.

Genoveva prestaba siempre mucha atención á cuan-

to se hablaba junto á ella y podia conducirla á remediar alguna desdicha.

El día ántes habia oido á Eugenio contar la historia de la mariposa y de la flor, y el deplorable estado de aquella familia desconocida, á la cual por un instante habia pensado en socorrer.

Genoveva corrió á hablar á su padre para pedirle una plaza en su escritorio, y luego suplicó á Eugenio que fuese en busca del desdichado jóven.

Era el primer deseo vehementemente que habia manifestado en su vida, y ambos se apresuraron á llenarlo.

Pero nadie es tan pródigo para retribuir nuestros más pequeños esfuerzos, Luisa mia, como la Providencia. Plantada una insignificante semilla, y brotarán ramas y flores que os ofrezcan sus perfumes: criad un pajarillo, y os dará multiplicadas armonías; esparcid el bien, y os sobrevendrán mil bienes, si no sois tan ciegos que los atribuyais al acaso. Ahora bien: la Providencia acababa de obrar en favor de Genoveva el milagro apetecido; acababa de concederle la alegría más pura de su vida.

Cuando alzó los ojos del bastidor y los fijó en Claudio, reconoció al jóven del Manzanares, al salvador de su alma.

Sus mejillas se encendieron de rubor, y dió gracias en el fondo de su corazon al Dios de las misericordias infinitas.

Podia al fin pagarle su deuda, velar por su bien y el de su hermanita, ponerle en estado de realizar sus nobles y virtuosas aspiraciones.

Estaba mucho más pálido que aquel día, mucho más feo, porque los sufrimientos habian agotado en sus mejillas la frescura de la juventud, porque las lágrimas habian circundado sus párpados con un profundo surco; pero ¡cuán interesante era aquella palidez, producida por los combates de un alma buena, torturada por la suerte! ¡Cómo penetraba hasta el alma el brillo de aquellos ojos melancólicos, que revelaba el fuego de un corazon amante! Genoveva nunca habia considerado las cosas por su exterioridad. Cuando la habian acostumbrado á materializarlas, á considerarlas con los sentidos, solo sentia hacia ellas aversion y hastío. Para ella el mérito no lo constituian el traje ni la hermosura, sino el alma, soplo divino del Eterno, único digno de ser reverenciado como el Creador Omnipotente.

(Se continuará.)

—No.
—¿Cómo que nó?
—Quiero decir que no soy yo quien ha de salvarlo, sino una jóven llamada Clotilde, hija de Nicolás.
—¿Qué quiere V. decir, doctor?
—Que Adolfo está perdidamente enamorado de esa aldeana, y que esa pasión lo llevará al sepulcro, si no se dan VV. prisa á unirlos.
—¡Nuestro sobrino enamorado! Es imposible. ¿Qué sabe él de eso?
—Eso se sabe sin saberlo.
—El no ama á nadie mas que á nosotras.
—Pues yo aseguro que de VV. es de quienes no está enamorado. Y, en fin, si quieren que sane el enfermo, como médico, aconsejo que llamen á Clotilde.
Las dos viejas se miraron silenciosas y aturcidas. Pero Adolfo padecía y no podían vacilar.
El día siguiente Adolfo estaba en su lecho, sus tias lo acompañaban, y el médico estaba á su cabecera, cuando anunciaron una visita.
Era Clotilde, que venia con su padre, asistiendo á la invitación que habían recibido, sin saber para qué.
La muchacha, más bella que nunca, temblaba, y no de miedo, en presencia del enfermo.
Y al verla, Adolfo hizo un movimiento como para lanzarse hacia ella. Despues volvió á dejarse caer, pero su corazón latía con fuerza, y sus ojos habían recobrado todo su esplendor.
—No me había engañado, dijo el doctor á las tias: el jóven estaba enfermo de amor; y como esta enfermedad se trata por la homeopatía, solo con el amor puede curarse.
Las buenas de las tias, que lo hubieran sacrificado todo por la felicidad del sobrino, pidieron al viejo Nicolás la mano de su hija para Adolfo, y despues presentaron aquella futura tan perfecta al enfermo, diciéndole:
—Clotilde será tu esposa, tan luego como estés bueno.
La curación, como supondreis, no se hizo esperar mucho.

CASCABELES.

¿Qué descansado estará ahora el señor Alonso Martínez, libre de los cargos que sobre él pesaban! Si vuelve á ser ministro dicho señor, no merece perdón.

En uno de nuestros números anteriores, dijimos que se trataba de sacrificar al señor Alonso Martínez, y vean VV. cómo hemos acertado. Por supuesto, que aquello de caer todos juntos, era una pura broma del Presidente. Lo mismo dicen todos los Gobiernos.

Se presentan varias enmiendas al proyecto de autorizaciones. Trabajo inútil; no hay más enmienda que un Gobierno bueno.

Digan VV., ¿entiende de Hacienda el señor Cánovas? Se conoce que ya es requisito indispensable para ser ministro de un ramo no haberlo saludado siquiera. Que me hagan á mí ministro de la Guerra, ó nodriza de la Inclina.

Ya está de venta en Madrid la edicion de las obras poéticas de don Ventura de la Vega, hecha en Paris á expensas del señor Osma, y regalada á los hijos de aquel eminente autor. Contiene varias obras dramáticas originales, y bellísimas poesías sueltas, no conocidas del público en su mayor parte. Los ejemplares, con un magnífico retrato del autor, se venden á 40 reales.

Charadita.

Dos son tres, si bien se mira; tres son cuatro si se advierte; cuatro son seis: de esta suerte, seis son cuatro, sin mentira.

Por María Santísima, señor Administrador de la Real casa, ¿cuándo se paga á los pensionistas? Hay muchos infelices que cobran una miseria, y si se les priva de ella, no pueden vivir. Cinco meses hace que no cobran. Esperamos que sea atendida por el citado administrador esta indicación.

En Pamplona no saben ya cómo es el dinero los que cobran, es decir, debían cobrar, del Presupuesto. Es un gran atraso el que hay en las pagas en algunas provincias.

Esto nos parece poco equitativo. Los empleados y jubilados, y todos los que tienen que cobrar en provincias, son tan dignos de atención como los que cobran en Madrid.

Un periódico ministerial dice que ha sido un bien la salida del señor Alonso Martínez. Sí, su salida ha sido un bien igual al de su entrada. Los que ayer aplaudían á Alonso Martínez hoy le tratan hasta con desden.

No hará eso nunca con nadie El CASCABEL, que felicita al señor Alonso Martínez por haberse ido á su casa. Sin duda conoció que lo hacia muy mal.

Hemos recibido la descripción de los vijes hechos en América por la comisión científica enviada por el Gobierno de S. M., acompañada de dos mapas y de la enumeración de las colecciones que forman la Exposición pública, escrita por don Manuel Almagro.

Es un trabajo concienzudo y sumamente curioso, que honra á su autor. Damos gracias al ministro de Fomento, que nos ha remitido este útil libro.

Todos los ministros dicen: «Mejor quisiéramos irnos á nuestra casa. Este es un puesto donde no hay mas que amarguras. Hoy mismo presentaríamos la dimisión. Lo que deseamos es que vengan otros señeres á ocupar este banco.»

Veán VV., el ser ministro es una gran desgracia, y sin embargo, todos los hombres políticos lo quieren ser, y por eso es el jaleo que vemos que nunca se acaba. Luego ó no es tan malo ser ministro, ó los políticos son tontos, que á sabiendas quieren fastidiarse.

Solucion del salto del caballo inserto en el número anterior.

Sueña el rico en su riqueza, que más cuidados le ofrece, sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza, sueña el que á medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el que agravia y ofende, y en el mundo, en conclusion, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende.

(De Calderon.)

Charadita del número anterior.

Si no viene con presteza á remediarlo un Gobierno, será en el próximo invierno espantosa la pobreza.

Uno que es pobre ya este verano.

Salió uno en el tren de Madrid á las ocho de la noche, y llegó á Zaragoza á las seis de la mañana.

En cuanto bajó del coche, dijo: —Pues señor, si hubiera sabido que se tardaba tan poco tiempo, me hubiese venido á pié.

En el número próximo, el capítulo segundo de *Los Enamorados*, que trata de los novios antes de entrar en la casa de su amor, y de los novios á la intemperie.

El del almanaque, como se firma una persona que nos ha dirigido una carta pidiéndonos una explicación, que ya dimos en EL CASCABEL tiempo hace, puede pasar por esta su casa, y se le contestará.

Un día de jarana, Juan Zoquete se echó á la calle armado de un mosquete; y á tiempo que gritaba: ¡Viva yo! un tiro le mató.

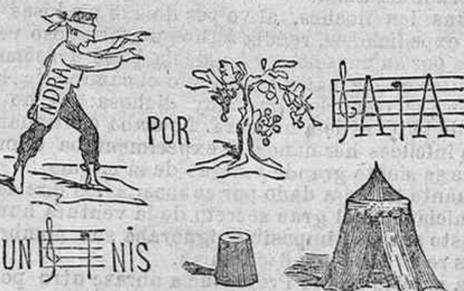
Me parece que es cosa singular, y propio de cabeza descompuesta, salir gritando ¡viva! en una fiesta donde solo se trata de matar.

Una desgraciada madre con dos criaturas de corta edad, y que su marido se halla en la sala de locos en el Hospital, suplica á las almas caritativas que quieran favorecer tanta desgracia, que pasen á la calle del Arco de Santa María, núm. 35, boardilla.

GEROGLÍFICO.



A QUELQUE TEN 35 DE MAYO



ANUNCIOS.

Nueva casa de cambio de billetes y monedas, á precios muy arreglados; calle de Preciados, núm. 4, tienda.

Se toman monedas de oro y plata por billetes del Banco, abonando un tanto convencional por millar.

Las famosas pastillas de cola de burro, (pescado de mar de China), tan recomendadas por la Ciencia médica para la curación de las tisis y hemoptisis, se hallan de venta, al precio de 12 reales una, en la oficina de farmacia del Sr. Escolar, plaza del Angel, núm. 3.

El Progreso Español, ó Ilustración del Sastre, periódico con figurines, patrones, plantillas, laminas de estudio y de corte, combinaciones estéticas y otros conocimientos útiles á los sastres. Precios: Tres meses, 21 rs.—Seis meses, 34 rs.—Un año, 60, Administración, Olivo, 6 y 8, tienda.

Fotografías mágicas.—En casa de Laurent, fotógrafo de S. M., Carrera de San Geronimo, 39, en Madrid, hay un inmenso surtido de esta clase de fotografías, tan de moda en todas las tertulias y que procuran una distracción tan inocente como amena y curiosa; las hay de asuntos religiosos, paisajes, cuadros, retratos, caricaturas, etc.

Se venden á 12 reales el paquete de doce fotografías diferentes y se remiten á provincias acompañando el pedido de su importe en sellos, con más dos reales y medio por franqueo y certificado.

También se hacen retratos mágicos, á los precios de costumbre.—Todas las negativas ó clichés, sirven.

Papeles.—Interesante á los almacenistas de papel, librerías y litógrafos.—En el acreditado establecimiento de los señores don José Gil y hermano, siguen fabricándose, con especialidad, sobres para cartas.

Dichos señores ponen en conocimiento de sus numerosos comitentes, que acaban de establecer en grande escala la fabricación de libros y cuadernos rayados, á precios sumamente económicos.

En dicho establecimiento encontrarán como siempre un numeroso surtido de papeles continuos de escribir, de las mejores fábricas de España y extranjeras, así como también un completo y variado surtido de objetos de escritorio, dibujo y litografía.

También hay un completo surtido de papeles de hilo de las mejores fábricas de Cataluña.

Unico depósito en España de los polvos para hacer la Reina de las Tintas; el kilogramo vale 28 rs. Este establecimiento está dedicado exclusivamente á la venta por mayor á Madrid y las provincias de España. Para más pormenores dirigirse á dichos señores, calle de Santa Clara, 2, Madrid.

La humanidad.—El Acunt.—Nuevo é infalible remedio para la curación de los callos, ojos de pollo y otros males de los pies. Calle de la Cruz, número 12, pral.

En Valdemoro, á tres cuartos de hora por el ferrocarril del Mediodía, se vende una de dos casas, la que más convenga ó guste al que desee adquirirla, lindando la una, por los tres aires, con la casa principal de doña Luisa Gaviria, única que queda ya en toda la manzana, y la otra en la calle Cuesta de Piedra. Para enterarse de ellas, pueden avistarse con Vice de San Justo, que vive en el referido pueblo, calle Grande, núm. 14, y para tratar de ajuste, con el propietario, que vive en esta corte, calle Mayor, núm. 117, cuarto bajo izquierda.



Fábrica de corsés.—Premiada por S. M. Calle de Hortaleza, núm. 1.—Hay gran surtido de todas clases, de 1 á 50 duros.—Se construyen corsés-fajas para suspender y disminuir el vientre.—Idem para corregir las relajaciones del mismo. Herniarios y ortopédicos.

Vinos Medoc de la Rioja, Alavesa y Castellana. Son frescos, ligeros, abren el apetito, y tienen todas las demás cualidades más apreciables del buen Burdeos; por esto y por su completa pureza no tienen rival como vinos de pasto, especialmente para las personas de vida sedentaria ó salud dejada. El superior de Alava (de 4 años) 6 rs. botella; el de Castilla (de 4 años) 5 rs., y Clarete (de 2 años) 4 rs. Se abona un real por casco. Bodega Riojana de D. G. Torrecilla, Carrera de San Geronimo, 11. Hay otros vinos selectos, y también licores, nacionales y extranjeros, á precios fijos muy arreglados.

La italiana, gran fábrica modelo de pastas para sopa, calle de Cañizares, núm. 3, Madrid.—Macarrones de Nápoles.—Fideos de Génova, de cabello de ángel, de fraile.—Garibaldinos, cintos, tallarines rizados.—Pastas de todas clases.—Basados en una larga experiencia, adquirida en una de las mejores fábricas de este género en Italia, podemos ofrecer al público las mejores pastas, y muy superiores á cuantas se han fabricado en Madrid hasta el día. El mejor elogio que de ellas podemos hacer, es la numerosa clientela que nos favorece, en el poco tiempo que estamos establecidos.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.